



## Ejercicio: Historia con sonidos (10 minutos aprox.)



**H**abía una vez, en un bonito día caluroso de verano, dos niños que iban saltando por la calle. Mientras tanto, tatareaban y silbaban una canción (*cantos y silbatos*). Habían ido a visitar a su abuela y ahora volvían a casa, al pueblo donde vivían.

Atravesaron por en medio de las hierbas altas (*shshshsh*), llegaron a la calle (*pasos*) y pisaron un enorme charco poco profundo (*chapoteo*). El camino era cada vez más largo, y sus piernas estaban cada vez más cansadas. Entonces, se encontraron con cuatro perritos que les empezaron a ladrar (*ladridos*).

«¡Silencio!», dijo uno de los niños. Y los perros callaron de inmediato. «¿Por qué ladráis de esta manera?». Y los perros empezaron a ladrar de nuevo (*ladridos*). «¡Silencio» No entiendo nada. ¿Pasa algo? Muéstranos el problema». Los perros salieron disparados jadeando (*jadeo*). Llevaron a los niños a una trampa en la que había quedado atrapado un perro más grande que gemía (*gemidos*). «Ah, ya veo», dijo uno de los niños. «Es vuestra madre, ¿verdad? Esperad, os voy a ayudar». El niño observó la trampa con atención desde todos los ángulos y su amigo le señaló una puerta cerrada con un cerrojo en la trampa (*todos señalan*): «Solo tienes que abrirla». «No puedo abrirla solo. Ayúdame, por favor». Ambos tiraron y tiraron (*todos tiran*), hasta que la puerta de la trampa se abrió. Menuda alegría. Los perros empezaron a ladrar (*ladridos*) y celebraban la liberación de su madre. «Mejor que os vayáis de aquí. La persona que haya puesto la trampa regresará pronto». Los perros ladraron (*ladridos*) para darles las gracias y se marcharon contentos.

Los niños siguieron contentos por su camino, alegres por haber ayudado a los perros y al jinete. Entonces, llegó un enorme gigante a grandes pasos (*pasos grandes*) y pegó unas voces tan horribles (*gritos*) que uno de los niños se asustó. El otro le espetó: «¿Por qué gritas tanto?». «Porque estoy muuuuuu enfadado», respondió el gigante, y siguió gritando (*gritos, gritos*). «¿Y por qué estás tan enfadado?», preguntó uno de los niños. «Porque me duele todo», respondió el gigante, y volvió a gritar (*gritos, gritos*). «¿Y dónde te duele tanto?», preguntó uno de los niños con valentía. «Aquí», dijo el gigante señalando su mano. «Déjanos ver», respondieron los niños, y observaron su mano detenidamente. Miraron y miraron, y miraron otra vez, y le dijeron: «¡Una espina! ¡Hay que sacarla!» «Uy, uy, esto duele», se lamentó el gran gigante. «Será un momento y, luego, ya no te dolerá más. ¿Nos dejas que te ayudemos?» ¡Ahora fue el gigante quien les miró asustado! «¿Me dolerá mucho?». El niño levantó la cabeza y le dijo: «¡Lo soportarás! Eres valiente». El gigante tragó y asintió. La espina se había clavado profundamente en la piel y solo asomaba una puntita. Cuando el niño intentó sacar la espina, el gigante pegó un grito tan ensordecedor (*Ayyyyy*) que los niños se estremecieron del susto. «Sé que duele», le tranquilizó uno de ellos, «pero confía en mí. Pronto estarás mejor». «Lo mejor es que te aprietes muy fuerte el muslo. Así no notarás tanto el dolor. Mi madre me contó una vez este truco». El gigante se sorbió los mocos y una gran lágrima le cayó por la mejilla. «Si tú lo dices...». Apretó los dientes y se agarró el muslo con todas sus fuerzas mientras uno de los niños le quitaba la

*espina con cuidado. El otro le ayudó y, uniendo fuerzas, consiguieron extraer la espina del dedo del gigante. «Ayyyyyyyy», gritó el gigante. Se sacudió el dedo, lo acarició y dijo: «¡Mucho mejor!». «¿Cómo puedo recompensaros?», preguntó. «Ha sido un placer ayudarte», contestó uno de ellos. «¿Queréis que os lleve un rato?», preguntó el gigante. Los niños asintieron emocionados.*

*¡Alehop! Se sentaron en el hombro del gigante, que les llevó a grandes zancadas por el campo hasta llegar al pueblo. Cuando los mayores vieron acercarse al gigante, se fueron corriendo a sus casas, cerraron puertas y portones y temblaban de miedo. Pero los niños gritaron: «¡No pasa nada! El gigante es nuestro amigo, no tengáis miedo». Menuda alegría para los niños llegar a casa con el gigante. Con cuidado, el gigante bajó a los niños, les sonrió una vez más como muestra de agradecimiento y se fue dando grandes zancadas. Los habitantes del pueblo se quedaron tan impresionados por la valentía de los niños que no dejaron de repetir la historia una y otra vez.*